

Muerte y soledad de dos espíritus y libres.

Escuela Zaratustra II



Comentarios a las vidas y obras de Simón Bolívar y Friedrich Nietzsche.

**Sesión 14. Conferencia elaborada por Frank David Bedoya Muñoz.
Presentada en la Casa Museo Otraparte en Envigado el 22 de marzo de 2007.**

* *
*

No lograron matarlo físicamente, pero sí lograron herir de muerte a su alma, y ahora su enfermo y maltrecho ser estaba sumergido en la más profunda soledad.

La Gran Colombia se derrumbó, el sueño de unión continental de Suramérica aún se esfumó más. Los pueblos recién liberados se sumergían en la anarquía y el desorden, los caudillos ambiciosos y hambrientos de poder, revoloteaban como gallinazos esperando la muerte del Libertador. En el año 1830 Bolívar le escribe a Mosquera: “Estoy resuelto a irme de Colombia, a morir de tristeza y de miseria en el extranjero. Ay, amigo, mi aflicción no tiene lugar porque la calumnia me ahoga.”¹ Acompañado de un reducido número de amigos emprendió su último viaje en un lento ascenso por el río Magdalena. Y como si el dolor no fuera poco, el 1 de julio de 1830, recibió la noticia del asesinato del general Sucre, los traidores habían matado a su más fiel colaborador y amigo; qué se podía esperar de esta tierra de infieles y asesinos, el escenario de Colombia plagado de asesinatos políticos, comenzaba su función. Bolívar indignado exclamó: “Se ha derramado la sangre del inocente

¹ Simón Bolívar. Citado en: Mario Hernández Sánchez-Barba, *Simón Bolívar una pasión política*, Ariel, 2004, p.250.

Abel.”²

Su última morada fue la quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, allí exclamó la conmovedora frase: “Los tres más grandes majaderos de la Humanidad hemos sido, Jesucristo, Don Quijote y yo.”

Luego escribe su última proclama:

“Colombianos: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono. Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales. ¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro. Simón Bolívar. Hacienda de San Pedro, en Santa Marta, a 10 de diciembre de 1830.”³

Faltaban pocos días para su fin. Pero antes de su muerte, ¿cómo fue la soledad de sus últimos días? En este punto, quiero realizar un sentido homenaje a Gabriel García Márquez y en especial a su obra literaria *El general en su laberinto*. Yo he leído con mucho juicio y apasionamiento las cinco mejores biografías que existen sobre Simón Bolívar, la del alemán Gerhard Masur, la del venezolano Augusto Mijares, la de la francesa Gilette Saurat, la del norteamericano David Bushnell y la del español Mario Hernández Sánchez-Barba que tanto he citado aquí, pero ninguna de éstas, tan rigurosas y magistrales biografías, logran hacer

² *Ibíd.*, p. 254.

³ Vicente Lecuna, *Proclamas y discursos del libertador*, Gobierno de Venezuela, 1939, p. 407.

vivir con tanta fuerza la personalidad palpitante de Simón Bolívar, como lo hace la novela *El general en su laberinto*. Esta novela histórica que ha sido reconocida como una de las mejores de su género en todo el mundo, es la creación artística más fiel a la psiquis de nuestro Libertador, los que nos hemos pasado la vida leyendo libros sobre Bolívar, sabemos y reconocemos que *El general en su laberinto* es la mejor fuente para conocer al gran hombre de Suramérica.

Es por esto, que quien recrea mejor los últimos días del libertador, es Gabriel García Márquez, y a él le damos ahora la palabra. Por supuesto no podemos leer aquí hoy la novela completa, pero miremos algunos fragmentos escogidos con la convicción de que en ellos podemos encontrar las dimensiones reales de la soledad de este espíritu libre.

“[...] El general se agarró sin fuerzas a las asas de la bañera, y surgió de entre las aguas medicinales con un ímpetu de delfín que no era de esperar en un cuerpo tan desmedrado. «Vámonos, dijo. «Volando, que aquí no nos quiere nadie». [...] «Sábado 8 de mayo del año treinta, día en que los ingleses flecharon a Juana de Arco», anunció el mayordomo. «Está lloviendo desde las tres de la madrugada». «Desde las tres de la madrugada del siglo diecisiete», dijo el general con la voz todavía perturbada por el aliento acre del insomnio. Y agregó en serio: «No oí los gallos». «Aquí no hay gallos», dijo José Palacios. «No hay nada», dijo el general. «Es tierra de infieles». [...] Pocos días después del regreso, al final de un agrio consejo de gobierno, tomó del brazo al mariscal Antonio José de Sucre. «Usted se queda conmigo», le dijo. Lo condujo al despacho privado, donde sólo recibía a muy pocos elegidos, y casi lo obligó a sentarse en su sillón personal. «Ese lugar es ya más suyo que mío», le dijo. El Gran Mariscal de Ayacucho, su amigo entrañable, conocía a fondo el país, pero el general le hizo un recuento detallado antes de llegar a sus propósitos. En breves días había de reunirse el congreso constituyente para elegir al presidente de la república y aprobar una nueva constitución, en una tentativa tardía de salvar el sueño dorado de la integridad continental. El Perú, en poder de una aristocracia regresiva, parecía irrecuperable. El general Andrés de Santa Cruz se llevaba a Bolivia de cabestro por un rumbo propio. Venezuela, bajo el imperio del general José Antonio Páez, acababa de proclamar su autonomía. El general Juan José Flores, prefecto general del sur, había unido a Guayaquil y Quito para crear la república independiente del Ecuador. La república de Colombia, primer embrión de una patria inmensa y unánime, estaba reducida al antiguo virreinato de la Nueva

Granada. Dieciséis millones de americanos iniciados apenas en la vida libre quedaban al albedrío de sus caudillos locales. «En suma», concluyó el general, «todo lo que hemos hecho con las manos lo están desbaratando los otros con los pies». «Es una burla del destino», dijo el mariscal Sucre. «Tal parece como si hubiéramos sembrado tan hondo el ideal de la independencia, que estos pueblos están tratando ahora de independizarse los unos de los otros». El general reaccionó con una gran vivacidad. «No repita las canalladas del enemigo», dijo, «aun si son tan certeras como ésa». [...] La mula que estaba reservada era la mejor de una recua de cien que un comerciante español le había dado al gobierno a cambio de la destrucción de su sumario de cuatrero. El general tenía ya la bota en el estribo que le ofreció el palafrenero, cuando el ministro de guerra y marina lo llamó: «Excelencia». Él permaneció inmóvil, con el pie en el estribo, y agarrado de la silla con las dos manos. «Quédese», le dijo el ministro, «y haga un último sacrificio por salvar la patria». «No, Herrán», replicó él, «ya no tengo patria por la cual sacrificarme». Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios e iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerra para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran. El único que tuvo bastante lucidez para saber que en realidad se iba, y para donde se iba, fue el diplomático inglés que escribió en un informe oficial a su gobierno: «El tiempo que le queda le alcanzará a duras penas para llegar a la tumba». [...] José Palacios no sabía cuándo eran reales y cuando eran imaginarios los sueños de su señor con el general Santander. Una vez, en Guayaquil, contó que lo había soñado con un libro abierto sobre la panza redonda, pero en vez de leerlo le arrancaba las páginas y se las comía una por una, deleitándose en masticarlas con un ruido de cabra. Otra vez, en Cúcuta, soñó que lo había visto cubierto por completo de cucarachas. Otra vez despertó dando gritos en la quinta campestre de Monserrate, en Santa Fe, porque soñó que el general Santander, mientras almorzaba a solas con él, se había sacado las bolas de los ojos que le estorbaban para comer, y las había puesto sobre la mesa. De modo que en la madrugada cerca de Guaduas, cuando el general dijo que había soñado una vez más con Santander, José Palacios no le preguntó siquiera por el argumento del sueño, sino que trató de consolarlo con la realidad. «Entre él y nosotros está todo el mar de por medio», dijo. Pero él lo paró de inmediato con una mirada vivaz. «Ya no», dijo. «Estoy seguro que el pendejo de Joaquín Mosquera lo dejará volver». [...] «Dicen que Su Excelencia está bien, pero que se hace el enfermo para que le tengan lástima», dijo

ella. Él se quitó la camisa de dormir y le pidió a la muchacha que lo examinara a la luz del candil. Entonces ella conoció palmo a palmo el cuerpo más estragado que se podía concebir: el vientre escuálido, las costillas a flor de piel, las piernas y los brazos en la osamenta pura, y todo él envuelto en un pellejo lampiño de una palidez de muerto, con una cabeza que parecía de otro por la curtiembre de la intemperie. «Ya lo único que me falta es morirme», dijo él. La muchacha persistió. «La gente dice que siempre ha sido así, pero que ahora le conviene que lo sepan». Él no se rindió a la evidencia. Siguió dando pruebas terminantes de su enfermedad, mientras ella sucumbía a ratos en un sueño fácil, y seguía contestándole dormida sin perder el hilo del diálogo. Él no la tocó siquiera en toda la noche, pero le bastaba con sentir la resolana de su adolescencia. De pronto, al lado mismo de la ventana, el capitán Iturbide empezó a cantar: «*Si la borrasca sigue y el huracán arrecia, abrázate a mi cuello que nos devore el mar*». Era una canción de otros tiempos, de cuando el estómago soportaba todavía el terrible poder de evocación de las guayabas maduras y la inclemencia de una mujer en la oscuridad. El general y la muchacha la oyeron juntos, casi con devoción, pero ella se durmió a mitad de la canción siguiente, y él cayó poco después en un marasmo de sosiego. El silencio era tan puro después de la música, que los perros se alborotaron cuando ella se levantó en puntillas para no despertar al general. Él la oyó buscando a tientas el cerrojo. «Te vas virgen», le dijo. Ella le contestó con una risa festiva: «Nadie es virgen después de una noche con Su Excelencia». [...] El general amaneció tan mal el 10 de diciembre, que llamaron de urgencia al obispo Estévez, por si quería confesarse. El obispo acudió de inmediato, y fue tanta la importancia que le dio a la entrevista que se vistió de pontifical. Pero fue a puerta cerrada y sin testigos, por disposición del general, y sólo duró catorce minutos. Nunca se supo una palabra de lo que hablaron. El obispo salió de prisa y descompuesto, subió a su carroza sin despedirse, y no ofició los funerales a pesar de los muchos llamados que le hicieron, ni asistió al entierro. El general quedó en tal mal estado, que no pudo levantarse solo de la hamaca, y el médico tuvo que alzarlo en brazos, como a un recién nacido, y lo sentó en la cama apoyado en las almohadas para que no lo ahogara la tos. Cuando por fin recobró el aliento hizo salir a todos para hablar a solas con el médico. «No me imaginé que esta vaina fuera tan grave como para pensar en los santos óleos», le dijo. «Yo no tengo la felicidad de creer en la vida del otro mundo». «No se trata de eso», dijo Révérend Lo que está demostrado es que el arreglo de los asuntos de la conciencia le infunde al enfermo un estado de ánimo que facilita mucho la tarea del médico». El general no le prestó atención a la maestría de la respuesta, porque lo estremeció la revelación

deslumbrante de que la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final. El resto eran las tinieblas. «Carajos», suspiró. «¡Cómo voy a salir de este laberinto!»⁴

El 17 de diciembre de 1830 a las doce de la mañana el Libertador murió. Como bien lo dijo Mario Hernández⁵, a partir de ese momento, Simón Bolívar entraría en los vastos espacios de la Historia y de la Gloria eterna.

Ya estaba sólo antes de sumergirse en el aislamiento absoluto a pesar de su incomparable grandeza, el discípulo del filósofo Dioniso, el pensador más importante de la época, vivía en la más profunda y sombría soledad.

Antes de su glorioso año de 1888, año de creación del *Anticristo* y el *Ecce Homo*, como ya lo habíamos dicho, en enero de 1889 se produjo la disolución mental de Nietzsche. La causa de esta catástrofe, se dijo, fue posiblemente una infección de sífilis, el diagnóstico de los médicos fue que Nietzsche sufrió una parálisis progresiva... se ha debatido mucho sobre este tema, pero como no somos médicos ni tenemos los recursos para ampliar esta tesis, conformémonos con la trágica certeza de que, sea por sífilis o por cualquier otro motivo, a partir de 1889 la consciencia de Nietzsche se dispersó por completo. Y ahora su cuerpo silencioso también buscaba su ocaso.

Pocos días antes de su hundimiento, en los primeros días de enero, Nietzsche envió unas cartas donde ya se evidenciaban manifestaciones de locura, veamos. Le escribe Jacob Burckhardt: “Querido señor profesor, al final me habría gustado más ser profesor en Basilea que Dios; pero no me he atrevido a llevar mi egoísmo personal tan lejos como para saltarme la creación del mundo.”⁶ Le escribe a Meta Von Salis lo siguiente: “El mundo está transfigurado puesto que Dios está en la tierra. ¿No ve usted cómo todos los cielos se alegran? Acabo de tomar posesión de mi reino, arrojo al Papá en la cárcel y hago fusilar a Wilhelm, Bismark y Stoecker.”⁷ ¡Hasta loco me encanta lo que escribe! Sigamos, el 5 de enero le escribe a Jacob Burckhardt: “Mañana viene mi hijo Humberto con la encantadora

⁴ Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, Editorial Oveja Negra, 1989.

⁵ Mario Hernández Sánchez-Barba, *Simón Bolívar una pasión política*, Ariel, 2004, p.255.

⁶ Mazzino Montinari, *Lo que dijo Nietzsche*, Salamandra, 2003, p.158.

⁷ Curt Paul Janz, *Friedrich Nietzsche. 4. Los años de hundimiento*, Alianza Editorial, 1985, p.23.

Margarita, a los que yo recibo, sin embargo, sólo en mangas de camisa. [...] Wilhelm, Bismark y todos los antisemitas, suprimidos.”⁸ Otro hecho curioso es que estas misivas, no las firma con su nombre, sino simple y llanamente *El Anticristo*. Curt Paul Janz nos cuenta en su magistral biografía de nuestro filósofo, que en ese momento, “Nietzsche no sólo pierde las riendas de la realidad, de su identidad y sentimientos, sino que se le escapan también sus secretos más guardados.”⁹ A la esposa de Wagner, la señora Cosima Wagner, le escribe: “Ariadna, te quiero.”¹⁰ Otra vez a Burckhardt: “Ahora es usted –eres tú- nuestro gran maestro, el más grande: puesto que yo, junto con Ariadna, sólo he de ser el equilibrio dorado de todas las cosas, tenemos en cada trozo aquellos que están por encima de nosotros... [Firma] Dioniso.”¹¹ En unas ocasiones firmó como *El crucificado*, otras como *El Anticristo* otras como *Dioniso*. Luego de estas cartas vendría el episodio del abrazo al caballo maltratado y en adelante, Nietzsche se perdió en sus propios mundos y se alejó radicalmente de la realidad.

Cuando sus amigos se extrañaron de estas cartas maniáticas, y que el mismo Burckhardt advirtiera que había un gran problema, Overbeck decidió ir a buscar a Nietzsche. Esta fue su narración de tan dramático encuentro: “Veo a Nietzsche en una esquina del sofá, encogido y leyendo, tremendamente deteriorado en su aspecto externo, él me ve y se precipita hacia mí, me abraza con fuerza reconociéndome, y se hace un mar de lagrimas, vuelve después de convulsiones, a hundirse en el sofá. [...] Instantáneamente se tranquilizó, y, riendo, comenzó a hablar de la gran recepción que estaba preparada para la noche. Con ello Nietzsche se movía en un círculo de delirios del que no volvió a salir [...] Sucedió que, exaltándose, sin medida en fuertes cánticos y frenesíes al piano, recuperaba jirones del mundo de ideas en el que había vivido últimamente; entonces en frases cortas, pronunciadas con un tono indescriptiblemente apagado, dejaba escuchar cosas sublimes, maravillosamente visionarias e indeciblemente terribles sobre sí mismo como sucesor del Dios muerto.”¹²

Luego Overbeck llevó a su amigo a una clínica en Basilea, el viaje no fue fácil, para tranquilizarlo, hubo que decirle que él era un príncipe y que por eso toda la gente lo miraba

⁸ *Ibíd.*, p. 23.

⁹ *Ibíd.*, p. 24.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 24.

¹¹ *Ibíd.*, p. 24.

¹² *Ibíd.*, p. 33.

con atención, pero que por su condición procurara pasar sin saludar a nadie, y sólo de esa forma se calmó. Finalmente ya en Basilea, fue internado y allí estuvo 14 meses, días llenos de insomnio, intranquilidad, gritos, y cantos ruidosos. Su madre lo visitó, él la reconoció y le dijo: “Ah mi querida y buena mamá, me alegro de verte.... Mira en mí el tirano de Turín.”¹³ Luego siguió hablando insensateces, ella también comprendió que su hijo ya se había ido, que no era el mismo. Acaso un niño en el cuerpo de un hombre de mirada grave y profunda, sí, un niño, luego su madre lo llevó consigo a su casa para procurarle su cuidado maternal. Parecía ser que un círculo se había cerrado.

Pero, aún quedaban calamidades para Nietzsche, su hermana que estaba en Paraguay fundando una colonia de alemanes antisemitas, regresó a sacar provecho de la tragedia de Nietzsche, a manipular y mutilar la obra de su hermano y a fundar el *Archivo Nietzsche*, proyecto que pudo desarrollar después de la muerte de la madre el 20 de abril de 1897, cuando tenía ya 71 años. No voy a relatar aquí el desarrollo de los movimientos mezquinos de la hermana, que no sólo tergiversó la obra de su hermano, y lo tomó luego a él, como un trofeo para darle prestigio a su Archivo, sino que finalmente logró quedarse con todos los derechos de autor. Baste decir, que aquí se da el comienzo de los malentendidos con la obra de un hombre que detestaba la pedertería política y militar de Alemania, y que aborrecía las ideas racistas y antisemitas que promulgaba su hermana. Para desgracia de Nietzsche, su hermana recibiría más adelante la visita de Hitler a su archivo, y de allí los malentendidos que aún no cesan de aparecer.

Y como en esta conferencia cedimos el paso a las palabras de los literatos y los poetas, refirámonos al hundimiento de Nietzsche con un espléndido fragmento de la obra ***La lucha contra el demonio*** de Stefan Zweig.

“Habitualmente, los exaltados, aquellos a quienes Dionisos ha embriagado el alma, tienen los labios pesados y la palabra oscura. Como en un sueño, sus expresiones son confusas. Todos aquellos que han mirado hacia el fondo del abismo adquieren el acento órfico, pítico y misterioso de un lenguaje del más allá, para el cual nuestros sentidos sólo tienen un presentimiento temeroso, al tiempo que nuestro espíritu no acaba de comprenderlo.

¹³ *Ibíd.*, p. 42.

Nietzsche, sin embargo, es claro como un diamante, aun cuando esté poseído por la exaltación, y su palabra sigue siendo fuerte, incisiva y dura aun en medio del fuego de la embriaguez. No ha habido seguramente otro mortal que se haya asomado al borde de la locura con tanta temeridad y tanta calma como lo hizo Nietzsche. El estilo de Nietzsche no es (como el de Hölderlin y el de todos los místicos o píticos) algo sombrío y oscuro a fuerza de misterio; al contrario, nunca ha sido más claro, más verdadero, que en sus últimos momentos, cuando se podría muy bien decir que se vio iluminado por el misterio. Verdad es que ésta es una luz muy peligrosa; tiene el brillo y resplandor enfermizos de un sol de medianoche, que se eleva rojo por encima de los icebergs; es una luz septentrional del alma que, en su grandiosidad única, hace estremecer. No calienta, pero espanta; no deslumbra, pero mata. Nietzsche no es arrastrado al abismo por el ritmo oscuro del sentimiento, como Hölderlin, ni tampoco por un torrente de melancolía; Nietzsche se consume en su propia luz, como por una insolación de un sol extraordinariamente brillante y luminoso, por una alegría que pudiéramos llamar alegría al rojo blanco y que resulta insoportable. La caída de Nietzsche es una muerte de luz, una carbonización del espíritu en su propia llama. Hace ya tiempo que el alma le arde y le llamea por un exceso de luz; a menudo él mismo se asusta, en su clarividencia, de ese exceso de luz que le llega de arriba y de la salvaje alegría que hay en su alma: «Las intensidades de mi sentimiento me hacen estremecer y reír.» Pero ya nada puede poner diques a esa corriente de éxtasis, a ese flujo de pensamientos que han descendido del cielo como halcones y aletean chillando a su alrededor día y noche, hora tras hora, hasta que las sienas parecen estallar. Durante la noche el cloral le alivia y le provee de un refugio pasajero, el del sueño, contra la invasión tumultuosa de las visiones, pero sus nervios están al rojo, como hilos metálicos; todo su ser se convierte en electricidad y en luz, una luz resplandeciente, llena de llamaradas y fulguraciones. ¿Puede considerarse un milagro el hecho de que este torbellino de inspiración tan rápida, esa torrentera de vertiginosos pensamientos, pierda el contacto con la tierra firme, y que Nietzsche, arrastrado por todos los demonios del espíritu, olvide quién es y acabe por no reconocer sus propios límites? Desde hace mucho tiempo (desde el momento en que observó que obedecía a fuerzas superiores y no a sí mismo), su mano duda antes de escribir su propio nombre bajo sus escritos: Friedrich Nietzsche. Pues el nieto del pastor protestante de Naumburgo siente sordamente que, después de tanto tiempo, ya no es él quien está viviendo esa vida tan extraordinaria, sino que es otro ser que no tiene nombre todavía, una potencia superior, un nuevo mártir de la humanidad. Por eso no firma sus últimos mensajes más que con nombres

simbólicos: «El Monstruo», «El Crucificado», « El Anticristo», «Dionisos». No los firma con su nombre porque se da cuenta de que sólo obran en él las potencias superiores y él ya no es, en su concepto, un hombre, sino una potencia, una misión. «Ya no soy un hombre, soy dinamita.» «Soy un pasaje de la historia universal que divide en dos toda la historia de la humanidad», grita en un acceso de *hybris*, en medio de un atroz silencio. Del mismo modo que Napoleón ante Moscú ardiendo, con el invierno frente a él, el infinito invierno de Rusia, y a su alrededor los restos miserables de aquel gran ejército, lanza aún las proclamas y alocuciones más amenazadoras y grandiosas (grandiosas hasta rozar el ridículo), Nietzsche, ante el Kremlin en llamas que es su cerebro, compone, con los restos de sus pensamientos, libelos terribles. Ordena al emperador de Alemania que venga a Roma para ser fusilado; invita a las potencias europeas a una acción militar contra Alemania, a la que quisiera ver encerrada en una camisa de hierro. Nunca un furor tan apocalíptico se ha debatido tan en el vacío; nunca una *hybris* más magnífica ha elevado a un espíritu tan lejos de las cosas terrestres. Sus palabras suenan como martillazos dados contra el edificio mundial; pide que el calendario sea modificado y cuente, no desde el nacimiento de Cristo, sino desde la aparición del Anticristo; coloca su imagen encima de las más altas figuras de todos los tiempos; el delirio mental de Nietzsche es más grandioso que el de los demás enfermos del espíritu; en eso, como en todo, sigue reinando el exceso. Nunca un mortal se ha visto invadido por una inundación tan grande de inspiración creadora como la que sufrió Nietzsche en ese otoño. «Nunca se ha escrito de esa manera, nunca se ha sentido así; nadie ha sufrido nunca de ese modo; así sólo sufre un dios: un Dionisos»; esas palabras, que pronuncia cuando empieza su locura, son de una verdad terrible. Pues ese cuartito del cuarto piso y la gruta de Sils-Maria albergan, al mismo tiempo que al hombre enfermo, presa del delirio, los pensamientos y las palabras más grandiosos que ha conocido el siglo; el espíritu creador se ha refugiado bajo ese techo quemado por el sol, y despliega toda su plenitud sobre un pobre hombre solitario, innominado, tímido y perdido... Es mucho más de lo que un ser humano puede soportar. Y en este estrecho espacio, asfixiado de inmensidad, el pobre espíritu terrestre, asustado, vacila y se tambalea bajo la fuerza de los relámpagos, de las iluminaciones y de las fulguraciones que lo azotan. Igual que Hölderlin en su ceguera espiritual, siente que un dios está junto a él, un dios de fuego, cuya mirada es imposible sostener y cuyo aliento quema... El pobre ser, estremecido, se levanta para verle la cara y los pensamientos se le escapan en incoherente precipitación..., pues el que siente, crea y sufre cosas inefables... ¿no es él, por sí mismo, un dios?... ; ¿no es él un nuevo dios del Universo, ya que el otro ha

sido aniquilado?... ¿Quién es?... ¿El Crucificado?... ¿Un dios muerto o un dios vivo?... ¿El dios de su juventud, Dionísos..., o las dos cosas a la vez?... ¿Dionisos crucificado?... Sus pensamientos corren como un torrente, la corriente arde a fuerza de luz... Pero ¿es que eso es luz? ¿No es más bien música? El cuartucho de la Vía Alberto comienza a resonar, las esferas vibran, los cielos se transfiguran... ¡Oh, qué música! Las lágrimas le resbalan por la barba, ardientes, fervorosas... ¡Oh, qué ternura, qué felicidad... ! ¡Y qué inmensa claridad! En la calle, allá abajo, todos le sonrían; sí, las gentes le sonrían. Respetuosamente se levantan para saludarlo; y la vendedora busca en su cesta las más hermosas manzanas...; todos hacen cortesías y reverencias ante el asesino de Dios; todo es júbilo... ¿por qué?... Sí, él lo sabe; es porque ha llegado el Anticristo y todos gritan: «¡Hosanna, hosanna!...» Todo canta, el Universo resuena de alegría y de música... Después todo queda mudo...; algo ha caído; ¡ay! es él mismo el que ha caído frente a su casa... Alguien lo levanta... está de nuevo en su cuarto... ¿Ha dormido mucho tiempo?... Todo está oscuro... Allí está el piano. ¡Música, música!... De pronto hay muchos hombres en el cuarto... ¿No es Overbeck?... Sin embargo, está en Basilea... Y él mismo, ¿dónde está?... ¿dónde?... Ya lo sabe... ¿Por qué lo miran de un modo tan extraño, tan inquietos?... Un vagón, un coche... Los raíles rechinan, rechinan de un modo extraño, como si quisieran cantar... Sí... Están cantando *La canción del gondole-ro...*, y él empieza a cantar con los raíles..., canta en medio de las tinieblas infinitas... Y después, largo tiempo en un cuarto oscuro, lejos, en un cuarto siempre oscuro, siempre oscuro. Ya no hay sol; ya no hay luz, ni dentro ni fuera. En alguna parte, abajo, hablan algunos hombres. Una mujer... ¿Es su hermana?... Pero su hermana está lejos, muy lejos, en el país de los lamas... Una mujer le lee un libro... ¿Un libro?... ¿No ha escrito él también libros?... Alguien le habla con dulzura, pero él no comprende lo que le dicen... Aquel a quien ha pasado un tal huracán por el alma queda sordo para siempre a las palabras humanas... Aquel a quien el demonio ha mirado tan profundamente a los ojos, queda ciego para siempre.”¹⁴

Finalmente el 25 de agosto del año 1900, después de un ataque de apoplejía Nietzsche murió, murió su cuerpo, pues que su alma, hacía ya mucho tiempo que se había ido primero.

Pero no faltaron las paradojas, su entierro se dio en el cementerio de un iglesia cristiana, un

¹⁴ Stefan Zweig, *La lucha contra el demonio*. (Documento copiado sin referencia)

cortejo fúnebre acompañado con el sonar de las campanas de una iglesia cristiana junto a la lectura de fragmentos del *Zaratustra* y *El Anticristo*, más contradictorio no pudo ser.